Globethics Repository



Política de la memoria y Estados terroristas [Policy memory and terrorist states]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Slater, David
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-14 20:42:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219007

Política de la memoria y Estados terroristas

Estamos frente a una exacerbación de los efectos del poder y de las formas del terror. Esto merece una contextualización crítica, de manera de revelar otra lectura de la política global. En este artículo se consideran algunos efectos claves de la actuación de EEUU en el mundo, en el sentido de sus intervenciones geopolíticas, y también, se analizan una o dos dimensiones históricas de la cuestión palestino-israelí, relacionadas con el papel imperial desempeñado por Gran Bretaña, hoy el «socio menor» de la superpotencia solitaria. En ambos casos el objeto es problematizar asuntos del poder, el terrorismo y la memoria, y contribuir a localizar el antagonismo contra el dominio occidental que está tan justificadamente arraigado en las diversas regiones del Sur global.

David Slater

A raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, el futuro geopolítico del mundo ha sufrido una transformación. En ese cambio Estados Unidos tendrá un lugar cada vez más central, como también las relaciones entre Occidente y el resto del planeta. Al mismo tiempo, aquello que hoy se enfatiza como crucial, va a ser siempre un reflejo del complejo entrelazamiento de una política de la memoria con una política del olvido. En un debate reciente en torno de la política exterior estadounidense, Carlos Fuentes comentaba que «Estados Unidos de Amnesia» podría ser un nombre más apropiado para EEUU. Sin embargo, ¿en qué medida es puntual esa descripción? Quizás sería

David Slater: profesor del Departamento de Geografía de la Universidad de Loughborough, Inglaterra.
Nota: Este artículo se publicará en *Soundings* en enero de 2002.
Palabras clave: colonialismo, memoria, Estados Unidos, Gran Bretaña, Palestina.

más pertinente caracterizar una memoria oficial que diferencia entre sucesos que recuerda, tales como la Declaración de la Independencia, Pearl Harbour y el fin de la guerra de Vietnam, y otros que habitualmente consigna al olvido. Está claro que lo vital aquí es la pugna en torno de lo que se recuerda y con qué propósito, y lo que se olvida y por qué. Por ejemplo, cuando Silvio Berlusconi destaca lo que para él es la superioridad de los valores occidentales, o cuando Francis Fukuyama declara que «Occidente ganó», en su fábula sobre el fin de la historia, se está reactivando y refortaleciendo una visión colonial más antigua de la realidad mundial[1].

Lo que sigue siendo vital para desplegar cualquier poder geopolítico es la construcción de un conjunto de significados, valores y aspiraciones para legitimar tal despliegue. En este momento se está integrando nociones de «civilización», «democracia», «libertad» y «justicia» para justificar la guerra contra el terrorismo. Ese terrorismo se atribuye de modo inmanente al otro, ya sea en forma de una oscura red de «fundamentalistas islámicos» o de una lista *made-in-USA* de «Estados villanos»[2]. «Terrorismo» es lo que se comete contra «nosotros en Occidente» mientras perseveramos en nuestra misión benéfica de transferir nuestros valores y prácticas superiores al receptor no occidental. Declarar la guerra al otro que osa retaliar con terror es parte intrínseca de esa misión.

El imperio y sus efectos invasores

El imperio se volvió tan intrínsecamente nuestro estilo de vida americano que racionalizamos y suprimimos la naturaleza de nuestros medios en la euforia de nuestro gozo de los fines, **W.A. Williams**[3]

No veo por qué tenemos que observar pasivamente cómo un país se vuelve comunista por la irresponsabilidad de su propio pueblo, **Henry Kissinger**[4]

Nunca es demasiado tarde para recordar y analizar la arrogancia del poder. Cuando al día siguiente del 11 de septiembre un neoyorquino exclamaba frente a las cámaras de TV, «nosotros somos *la* superpotencia, ¿cómo *se atreven* a ha-

1. F. Fukuyama: «We Remain at the End of History» en *The Independent*, 11/10/01, p. 5. Para un comentario sobre Berlusconi, v. *The Guardian*, 3/10/01, p. 18, y para algunos comentarios críticos sobre la conexión colonial, v. Rana Kabbani, *The Guardian*, 9/10/01, p. 24.
2. Para dos textos recientes sobre «Estados villanos», v. William Blum: *Rogue State - a Guide to the World's Only Superpower*, Common Courage Press, Maine, 2000; y Noam Chomsky: *Rogue States*, Pluto Press, Londres, 2000.
3. *Empire as a Way of Life*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 1980, p. ix.
4. *New York Times*, 11/9/74, p. 14, cit. en L. Schoultz: *National Security and United States Policy toward Latin America*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1987, p. 284.

cernos esto?», se nos estaba ofreciendo una muestra de respuesta cotidiana de orgullo lacerado ante la realidad. Pero las raíces del antagonismo hacia EEUU no se encuentran en la postulada envidia a su estilo de vida, sino en una oposición a los efectos nocivos de su estrategia estatal global de intrusión permanente. Sin embargo, a diferencia de la Europa del imperio y el coloniaje, EEUU, desde su origen anticolonial, siempre ha respaldado oficialmente la autodeterminación de los pueblos y la lucha contra el colonialismo europeo. A excepción de las Filipinas, la anexión colonial nunca ha sido la preferencia del «imperio de la libertad», pero la creación de protectorados, como en el caso de Cuba y Haití, y constantes intervenciones militares en Centroamérica y el Caribe fueron rasgos característicos del poder imperialista estadounidense en los inicios del siglo XX, aunque modificados luego en los años 30 bajo la «política del buen vecino» de Franklin D. Roosevelt[5]. En lugar de la anexión territorial, el poder geopolítico de EEUU ha afincado raíces en sus variadas capacidades (militar, económica, política), y siempre con la cooperación de sectores dominantes de sociedades periféricas, para penetrar y reconfigurar las formas de gobierno dentro de ellas. Es necesario ilustrar esas diversas modalidades de intervención, no solo para contradecir los mitos de la narrativa gubernamental, sino también como parte de nuestro intento de fomentar una política alternativa de la memoria, y otra visión del terrorismo: el terrorismo del poder certificado. Podemos identificar siete tipos de acciones que en conjunto representan una extensa estrategia de intervención geopolítica.

es preciso recordar que EEUU ha intervenido para terminar con gobiernos democráticos

1. En contraste con el muy recitado argumento de que Occidente, y en particular EEUU, han difundido y continúan difundiendo la democracia entre las sociedades del Tercer Mundo, es preciso recordar que EEUU ha intervenido para *terminar* con gobiernos democráticos que buscaban desarrollar políticas independientes del poder estadounidense. En Irán, en 1953, el gobierno de Mossadegh, un nacionalista conservador, defensor de la nacionalización de la petrolera Anglo-Iranian Oil Company y electo democráticamente, fue derrocado con un golpe de Estado respaldado por la CIA. El golpe reinstaló en el poder al Shah, dando inicio a un periodo de 25 años de severa represión, mientras la industria petrolera volvía a manos extranjeras (esencialmente anglo-estadounidenses)[6]. En forma similar, en 1954, en Guatemala, un golpe de Estado respal-

5. Para un análisis histórico reciente y cabal de la política exterior estadounidense en las Américas, v. L. Schoultz: *Beneath the United States*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.

dado por la CIA derrocó el gobierno democráticamente electo de Jacobo Arbenz, quien había iniciado un programa de reforma agraria vigorosamente adversado por la United Fruit Company. Estados Unidos prefirió la instalación de un régimen militar a la posibilidad de un gobierno reformista y redistribuidor, que posiblemente actuaría como un ejemplo a seguir para otros países latinoamericanos. El golpe preludió un periodo de 40 años de terrorismo estatal, escuadrones de la muerte, torturas, desapariciones y ejecuciones[7]. Otras intervenciones que derribaron gobiernos democráticamente electos ocurrieron en República Dominicana en 1965, y Chile en 1973, a cuyo respecto la arrogancia del poder estadounidense se plasma en las palabras de Kissinger citadas anteriormente. En el caso de la revolución nicaragüense, el gobierno sandinista que ganó las elecciones de 1984, en comicios considerados limpios y legítimos por observadores independientes, fue desestabilizado por la administración Reagan y posteriormente perdió las elecciones en 1990. En la cobertura mediática de las elecciones de 2001 predomina el olvido de la victoria sandinista de 1984, borrada de los anales de la memoria.



2. Otras intervenciones que constituyen transgresiones de la soberanía nacional, pero que no representan derrocamientos de gobiernos electos democráticamente, tuvieron lugar en Cuba en 1961 (un fracaso), Grenada en 1983 y Panamá en 1989. En el caso panameño, la invasión estadounidense que incluyó el desembarco de 13.000 soldados, recibió el nombre clave «operación causa justa» y sus objetivos primordiales eran «defender la democracia en Panamá» y «combatir el narcotráfico». En 13 horas, aviones de guerra estadounidenses arrojaron más de 400 bombas, grandes áreas de Ciudad de Panamá fueron reducidas a cenizas y más de 10.000 personas perdieron sus hogares. Al final, el general Manuel Noriega, un ex-agente de la CIA, fue arrestado y sentenciado por un tribunal de Miami a 40 años de cárcel por conspiración para contrabandear drogas a EEUU. En el caso de Grenada, conflictos

6. V. Gabriel Kolko: *Confronting the Third World*, Pantheon Books, Nueva York, 1988, pp. 72-77.
7. Para un recuento completo de las operaciones de la CIA en Guatemala, v. Nick Cullater: *Secret History*, Stanford University Press, Stanford, 1999.

dentro del régimen radical del New Jewel Movement, culminando con la muerte de Maurice Bishop, más la presencia de una pequeña cantidad de obreros cubanos de la construcción, proporcionaron un pretexto para la intervención estadounidense y el desembarco de 6.000 *marines*. La administración Reagan justificó su invasión invocando el Artículo 6 del Pacto de Río de 1947 que, según afirmó, legitima la intervención cuando la seguridad regional está amenazada por un conflicto extracontinental o por cualquier otra situación que ponga en peligro la paz de América. Estados Unidos actuó unilateralmente conforme a sus imperativos estratégicos, y sin convocar previamente una reunión de la Organización de Estados Americanos como lo requiere el mencionado Artículo 6. Como lo expresó un autor: «la invasión ... estaba dirigida a sentar ejemplo para los que presuntamente amenazaban la seguridad nacional de EEUU»[8].

3. La liquidación de gobiernos democráticos independientes y la transgresión de soberanías nacionales tienen su reverso: un récord histórico de respaldo a dictaduras pro occidentales. En América del Sur se brindó apoyo a regímenes militares en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en lugar de desestabilizarlos y socavarlos[9]. En Africa, el orden social y político represivo que impuso Mobutu en Zaire sobrevivió solamente por el fiel respaldo estadounidense después de 1965. En Angola, EEUU, junto con Sudáfrica, hizo todo lo posible para socavar el gobierno legítimo del MPLA a partir de 1975, y continuó respaldando la guerra desestabilizadora de Unita, con resultados desoladores para el futuro de la paz y la seguridad del pueblo angoleño[10]. En Indonesia no solo hay que recordar el papel que desempeñó Washington con su respaldo al régimen militar de Suharto después de 1965, sino también la nefasta parte que tuvo en la «solución final» para el problema del comunismo en ese país. Los cálculos del número de masacrados varían –según algunas cifras de la CIA, 250.000 muertos en un partido comunista (el PKI) con 3 millones de miembros– y la misma CIA clasificó la matanza de comunistas en Indonesia como «uno de los peores asesinatos en masa del siglo XX»[11].

Estos son ejemplos que resaltan como particularmente significativos en su impacto geopolítico de largo plazo, pero ha habido muchos más, como lo atestigua la historia del Medio Oriente. El punto clave aquí es confirmar el expediente histórico y quizás traer a la memoria lo que escribiera Edward Said hace

8. V. Frank Miess: *A Hemisphere to Itself*, Zed Books, Londres, 1990.
9. P. ej., en el caso del golpe militar de 1964 en Brasil, EUUU llegó a suministrar 1.500 millones de dólares durante los primeros cuatro años del régimen; v. G. Kolko: ob. cit., p. 159.
10. V. Victoria Brittain: *Death of Dignity*, Pluto Press, Londres, 1998.
11. Cit. en N. Chomsky: *Powers and Prospects*, Pluto Press, Londres, 1996, p. 195.

algunos años atrás: «rara vez en la historia de la humanidad ha habido una intervención tan masiva de fuerza e ideas, de una cultura a otra, como es hoy la de Estados Unidos sobre el resto del mundo»[12].

4. Una forma de intervención más focalizada, que muchas veces no se consigna, concierne a la política de asesinatos de la CIA, declarada ilegal en 1976 para ser reactivada por el presidente Bush a raíz del 11 de septiembre. En su informe sobre presuntos asesinatos, una comisión del senado de EEUU escribió en 1975 que no creía que los actos criminales que había examinado representaran el «verdadero carácter estadounidense», que más bien eran «aberraciones». Sin embargo, en su libro sobre EEUU como Estado villano, William Blum muestra que entre principios de la década de los 50 y mediados de los 70 hubo más de 40 incidentes registrados de conspiraciones criminales, dirigidas mayormente contra líderes del Tercer Mundo[13]. Nada más en el caso de Fidel Castro, los registros oficiales estadounidenses, publicados en julio de 1997, mostraron que durante los años 60 la CIA planeó cuando menos ocho atentados contra la vida del líder cubano, incluyendo disparos, bombas, píldoras letales y en una ocasión notoria, un tabaco explosivo[14]. Tampoco hay que pensar que los únicos blancos eran líderes políticos, así quedó demostrado claramente a principios de los años 70 durante la guerra de Vietnam, cuando se lanzó la «operación fénix» para «neutralizar» –arrestar o matar– a presuntos partidarios del Vietcong en Vietnam del Sur. Aldeanos inocentes fueron sistemáticamente arrestados, torturados o asesinados[15].

5. La política de asesinatos puede interpretarse dentro de un marco más amplio de desacato del derecho público internacional. Más de 40 años de bloqueo a Cuba son un ejemplo. Esta estrategia fue condenada por la ONU, la Unión Europea y el Comité Jurídico Interamericano, el cual determinó que medidas tales como el embargo comercial contra Cuba violan el derecho internacional[16]. Como un segundo ejemplo, en el caso del respaldo estadounidense a los contras en Nicaragua, durante la década de los 80, la Corte Internacional de La Haya declaró a EEUU culpable de violar el derecho internacional y sus obliga-

12. *Culture and Imperialism*, Chatto & Windus, Londres, 1993, p. 387. Sobre el Medio Oriente, v. G. Kolko: ob. cit., pp. 69-91; y Joe Stork: «Oil, Islam and Israel: US Policy and Democratic Change in the Middle East» en Jochen Hippler (ed.): *The Democratisation of Disempowerment*, Pluto Press, Londres, pp. 153-172.
13. W. Blum: ob. cit., pp. 38-42.
14. *The Guardian*, 1/11/97, p. 14.
15. V. Robert Buzzanco: *Vietnam and the Transformation of American Life*, Blackwell, Oxford, 1999, p. 103.
16. N. Chomsky: ob. cit., p. 2.

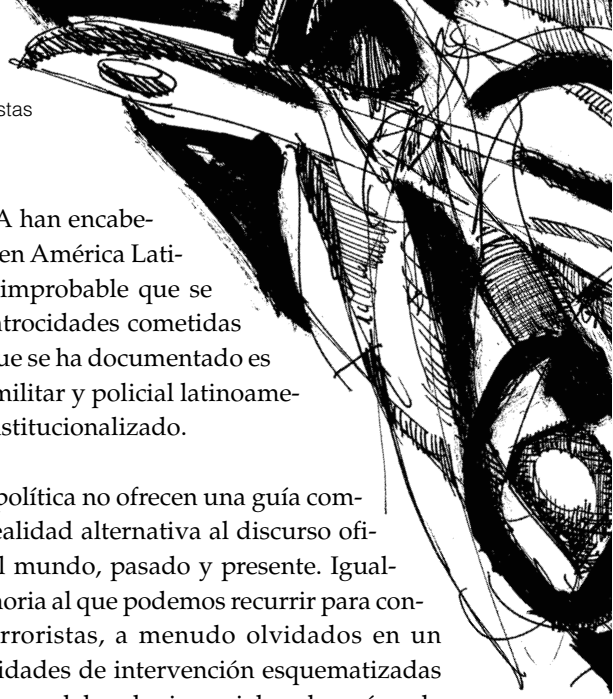
ciones de tratado con Nicaragua, y le ordenó a Washington cesar inmediatamente su intervención y negociar un acuerdo de compensación con Managua. Después de ganar las elecciones de 1990, el gobierno (respaldado por EEUU) de la presidenta Chamorro, presionado por Washington, retiró la acción judicial, cuyos costos se elevaban a 17.000 millones de dólares, y posteriormente EEUU condonó a Nicaragua 260 millones de dólares en préstamos[17]. Otros ejemplos de desacato del derecho internacional se reflejan en el uso de poderes de jurisdicción extraterritorial, definidos por EEUU (como en el caso de Noriega), y en una renuencia a acatar las obligaciones internacionales impuestas por tratado[18].

No solo podemos señalar un cierto irrespeto de la jurisdicción internacional, sino, más seriamente, actos de terrorismo internacional

6. El bombardeo de Libia en 1986, el derribamiento de un avión de pasajeros iraní en 1988, el bombardeo de Irak por EEUU y el Reino Unido después de la guerra del Golfo, y el bombardeo de Sudán y Afganistán en 1998 son ejemplos de actos ilícitos del Estado villano más poderoso del planeta. Sin embargo, oficialmente se presentan como «retaliación» por actos de terrorismo presuntamente cometidos por otros países o redes, y muchas veces se interpreta creativamente el Artículo 51 de la Carta de la ONU para redimir actos de violencia de Estado como medidas legítimas adoptadas en el ejercicio del derecho a la autodefensa[19].

7. Finalmente, dentro del propio EEUU es importante recordar las actividades de la Escuela de las Américas (SOA por sus siglas en inglés). En 1984 fue trasladada de Panamá a Fort Benning (Georgia), y para 1996 había entrenado aproximadamente a 60.000 militares y policías latinoamericanos. En 1996 se eliminó el carácter confidencial de siete manuales del ejército estadounidense utilizados por la SOA entre 1989 y 1991. En ellos se daban instrucciones para detectar y suprimir actividades políticas y militares antigubernamentales, y también había información sobre cómo este ejército entrenaba a funcionarios militares y policiales latinoamericanos en una variedad de técnicas de interrogatorio. Como

17. V. Robert H. Holden y Eric Zolov (eds.): *Latin America and the United States: a Documentary History*, Oxford University Press, Nueva York-Oxford, 2000, pp. 300-301.
18. Según se sostiene en el *American Journal of International Law* Nº 92, 1998, y se cita en N. Chomsky: ob. cit., p. 216.
19. Y hay una referencia a ese artículo en el Art. 5 del Tratado de la OTAN, el cual estipula que un ataque armado contra una o más de las partes de ese convenio será considerado un «ataque contra todas ellas», y que si tal situación llegara a ocurrir, se pueden adoptar medidas, incluyendo el uso de la fuerza armada, para recuperar y mantener la seguridad del área del Atlántico Norte; v. <www.nato.int/docu/basictxt/treaty.htm>.



ha sido señalado, graduados de la SOA han encabezado una cantidad de golpes militares en América Latina, y como lo sugiere Blum, es muy improbable que se conozca alguna vez toda la gama de atrocidades cometidas por los graduados de la Escuela[20]. Lo que se ha documentado es evidencia de que se entrenó personal militar y policial latinoamericano en las técnicas del terrorismo institucionalizado.

Estas siete facetas de intervención geopolítica no ofrecen una guía completa, pero ciertamente señalan una realidad alternativa al discurso oficial en torno del papel de EEUU en el mundo, pasado y presente. Igualmente sugieren otro reservorio de memoria al que podemos recurrir para considerar cabalmente otros Estados terroristas, a menudo olvidados en un silenciamiento del pasado. Las modalidades de intervención esquematizadas también nos acercan a los efectos invasores del poder imperial y a las raíces de tanto odio y tanta injusticia.

Abordemos ahora un asunto diferente y crucial para explicar las raíces del antagonismo hacia Occidente, especialmente en el mundo árabe: la cuestión palestina. En este caso, quisiera dar una breve ojeada al papel histórico desempeñado por el «socio menor» de la superpotencia mundial, pero en la época en que la propia Gran Bretaña era un actor imperial en el escenario mundial.

Occidente y la cuestión palestina: orígenes geopolíticos de una injusticia

> «La tragedia en Palestina no es simplemente local; es una tragedia del mundo, porque es una injusticia que es una amenaza para la paz mundial», **Arnold J. Toynbee**[21]

El 2 de noviembre de 1917, el secretario de Asuntos Exteriores del Reino Unido, Arthur James Balfour, escribió a lord Rothschild presentando una declaración de simpatía con las aspiraciones del sionismo judío. La Declaración Balfour, que posteriormente se incluiría en el mandato de la Sociedad de Naciones para Palestina, era un planteamiento corto, de apenas 67 palabras, cuyo impacto sin embargo iba a ser profundo y duradero. Al reexaminar el texto vale la pena recordar lo siguiente: primero, que el gobierno británico «favorecía el establecimiento de una patria nacional para el pueblo judío en Palestina», y segundo, «que nada debe hacerse que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos

20. Ver W. Blum: ob. cit., pp. 62-63; y Holden/Zolov: ob. cit., pp. 313-316.
21. [1968], cit. en el informe de la ONU sobre Palestina 1990.

de las comunidades no judías existentes en Palestina», así como tampoco los «derechos y estatus político que disfrutan los judíos en cualquier otro país»[22].

Lo que me parece importante destacar es la referencia a los «derechos *civiles* y *religiosos* de las comunidades no judías» antes que a sus derechos *políticos*, lo que contrasta con los «derechos y estatus político» asociados con el pueblo judío. Más aún, en esta declaración el pueblo palestino y el pueblo árabe no se mencionan como tales, sino que se hace referencia a ellos como «las comunidades no judías en Palestina», en otras palabras, no se reconocen explícitamente ni su identidad ni sus derechos políticos a la autodeterminación como pueblos. Por añadidura, en un memorándum revelador escrito dos años después a lord Curzon, Balfour aseveraba que los aliados no pretendían ni siquiera consultar los «deseos de los actuales habitantes de Palestina», contraviniendo así el Artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones. La explicación se remitía al hecho de que los poderes de la época estaban comprometidos con el sionismo «sea éste correcto o no», dado que «está arraigado en tradiciones sempiternas» y «de significación mucho más profunda que los deseos y prejuicios de los 700.000 árabes que ahora habitan esa tierra milenaria»[23]. Tal vez el único aspecto positivo de esta declaración es que al menos incluía un reconocimiento de la existencia de 700.000 palestinos y árabes en el territorio palestino en esa época. En contraste, una de las consignas fundamentales de la organización sionista fue «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra», es decir, se borraba del mapa de Palestina la existencia de los otros pueblos para ayudar a legitimar la creación de una patria para el pueblo judío. Es evidente, sin embargo, que los criterios cándidamente expresados por Balfour sobre la postulada insignificancia de «los deseos y prejuicios» de 700.000 árabes plasmaban una forma de prejuicio occidental que ha proyectado una sombra larga y persistente sobre la región del Medio Oriente[24].

El mandato británico sobre Palestina autorizado por la Sociedad de Naciones entró en vigencia en 1923, y en el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial el territorio palestino fue testigo de una inmigración continua y cuantiosa de colonos judíos, provenientes sobre todo de Alemania durante el principio del terror nazi. Para 1939, la población judía de Palestina alcanzaba 445.000 personas sobre un total aproximado de 1.500.000 habitantes (casi 30%, en contraste

22. V. ONU: *The Origins and Evolution of the Palestine Problem 1917-1988*, Nueva York, 1990, p. 8.
23. ONU: ob. cit., pp. 25-26.
24. Para un clásico de las visiones orientalistas del Medio Oriente, ver E. Said: *Orientalism*, Penguin Books, Londres, 1978.

con menos de 10%, 20 años antes). En forma similar, para finales de 1939 casi se había triplicado la tenencia de tierra de los judíos en comparación con el comienzo del mandato. Arnold Toynbee, el eminente historiador que se ocupó directamente del mandato palestino en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, escribió en 1968 que si Palestina hubiera permanecido bajo el dominio otomano, o si se hubiera convertido en un Estado árabe independiente en 1918, no se habría permitido que entraran en esa tierra cantidades tan grandes de inmigrantes judíos. El historiador continúa comentando que «la razón por la cual el Estado de Israel existe hoy en día y por la cual hoy hay 1.500.000 árabes palestinos refugiados, es que durante 30 años el poder militar británico impuso a los árabes palestinos la inmigración judía, hasta que los inmigrantes fueron lo suficientemente numerosos y estuvieron lo suficientemente bien armados como para poder defenderse por sí mismos con sus propios tanques y aviones». Toynbee concluye con la observación presciente, citada anteriormente, al comienzo de la sección[25].

El expansionismo territorial del Estado israelí se refleja en la guerra de 1967

Gran Bretaña terminó su mandato en 1948, varios meses antes de lo previsto en el plan de la ONU. Como es sabido, la creación del Estado de Israel estuvo precedida por una oleada de terror contra la población árabe palestina. El informe de la ONU (1990) sobre Palestina concluye que el terror propagado entre la población palestina fue un factor crucial para los futuros acontecimientos políticos, ya que condujo a un éxodo masivo de refugiados hacia los países vecinos. Se calcula que para finales de 1949 el número de refugiados a causa de las hostilidades alcanzaba a 726.000 personas: la mitad de la población natural de Palestina[26]. La declaración que estableció el Estado de Israel hacía referencia al derecho del pueblo judío a un «renacimiento nacional en su propio país», derecho que, como se señaló, había sido reconocido en la Declaración de Balfour y confirmado en el mandato de la Sociedad de Naciones. Su ejercicio significó la expulsión de palestinos de su tierra natal, y los comienzos de un proceso de expansionismo territorial donde es preciso unir las raíces gemelas de la palabra «territorio», es decir, tierra y terrorismo. El expansionismo territorial del Estado israelí se refleja en la guerra de 1967, en la invasión del sur del Líbano en 1982, que dejó un saldo estimado de 17.000 civiles muertos, y en el establecimiento continuo de nuevos e ilegales asentamientos judíos en territorio palestino ocupado. La resolución 242 de la ONU emitida en noviembre de 1967, y adoptada por el Con-

25. V. ONU: ob. cit., pp. 72 y 42 para cifras sobre población y tierra.
26. V. ONU: ob. cit., p. 135.

sejo de Seguridad, estipulaba que era «inadmisible la obtención de territorio mediante la guerra» y solicitaba un «justo arreglo del problema de los refugiados». Sin embargo, Israel ha desafiado esa y muchas otras resoluciones de la ONU, con el firme apoyo de EEUU. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Israel ha sido y sigue siendo para Occidente, y especialmente para EEUU, un «activo estratégico» en el corazón geopolítico del Medio Oriente.

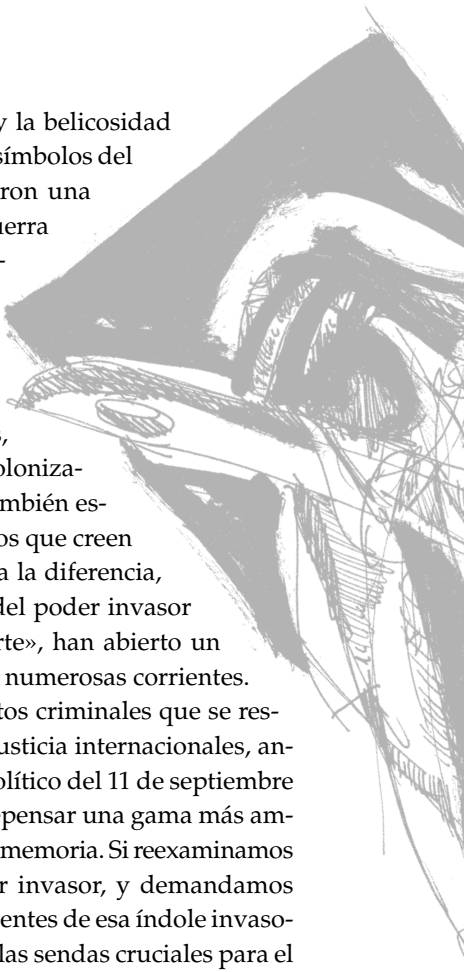
La resistencia a la ocupación israelí en la primera y segunda *intifadas* ha enfrentado la violencia del Estado. Entre 1988 y 1994 Israel sometió a interrogatorio a un promedio de 5.000 palestinos por año. Según estadísticas oficiales, de los 83.321 palestinos enjuiciados en tribunales militares de la Ribera Occidental y de la franja de Gaza entre 1988 y 1993, solo 3,2% fue absuelto. La mayoría de los interrogados recibió golpizas graves, muchas de las cuales entrañaron huesos rotos y hospitalizaciones. Posteriormente esos métodos fueron revisados y sustituidos por una serie de medidas entre las que se contaban palizas que no dejaban marcas corporales, posiciones dolorosas y desorientación sensorial[27]. Por supuesto que también ha habido otros efectos. Por ejemplo, a un año de haber comenzado la segunda *intifada* (2000), hay un saldo de 706 palestinos muertos (alrededor del cuádruple de los muertos israelíes), de ellos, 30% niños; 16.204 heridos; 809 hogares palestinos demolidos por las autoridades israelíes; 112.900 olivos arrancados de la tierra palestina; y como resultado de clausuras israelíes se estima que entre septiembre de 2000 y marzo de 2001 el PIB de Palestina disminuyó en 1.500 millones de dólares[28].

Finalmente, como escribe Said, «equipado con lo último en caza-bombarderos, helicópteros de guerra con artillería pesada, tanques y misiles donados por EEUU ... Israel ha venido aplastando un pueblo desposeído, sin ... ninguna de las instituciones protectoras de un Estado moderno». El cruel confinamiento de 1,3 millones de personas en la franja de Gaza ... y de cerca de 2 millones en la Ribera Occidental tiene «pocos paralelos en los anales del colonialismo». Said le recuerda al lector que «ni siquiera bajo el *apartheid* se usaron jamás F-16 para bombardear suelos patrios africanos, como se envían ahora contra pueblos y aldeas palestinos»[29]. Mientras reflexionaba sobre los orígenes geopolíticos de la injusticia y en las conexiones entre la política de la memoria y los Estados terroristas, me encontré con la siguiente información que me pareció una coda idó-

27. Sobre estas estadísticas basadas en información de Human Rights Watch, v. James Ron: «Varying Methods of State Violence» en *International Organization* 51/2, primavera de 1997, pp. 275-276.
28. La información proviene de varias fuentes, incluyendo el Banco Mundial, la ONU y la Palestine Red Crescent Society; v. *Palestine News*, 10-12/2001, Londres, p. 4.
29. «A People in Need of Leadership» en *New Left Review* Nº 11, 9-10/2001, pp. 27-28.

nea y pertinente para las observaciones que he esquematizado. Hace poco, en una visita de Tony Blair a Gaza, un reportero de *The Guardian* encontró a un residente de 65 años de un campo de refugiados conocido como «Beach Camp» por su cercanía al Mediterráneo. «¿Qué más quiere Blair de nosotros?» le preguntó el sexagenario Ahmad, bajando su pipa como para enfatizar su desaliento, «es por culpa de su predecesor, Balfour, que hoy estamos viviendo así»[30]. Sería difícil encontrar un ejemplo más vivo de la significación de una política de la memoria arraigada en un sentimiento de injusticia tan profundo y legítimo.

El poder invasor y la creciente marea de furia



En el Washington contemporáneo, la beligerancia y la belicosidad son el orden del día. Los devastadores ataques a los símbolos del poder financiero y militar de EEUU desencadenaron una nueva fuerza para la venganza y un deseo de una guerra sin fin al terrorismo. En un mundo donde hay un poder globalmente preeminente, la «nación indispensable» de Bill Clinton, nación que desde el siglo XIX cree en su «destino manifiesto» de llevar a todos los rincones del orbe su estilo de vida presuntamente superior, existen también otros mundos, los de los desposeídos, de los irrespetados y de los colonizados. Dentro de «América», como en todas partes, también están presentes esos mundos habitados por ciudadanos que creen en la justicia global, en la igualdad y en el respeto a la diferencia, cultural y política. Pero los efectos de largo plazo del poder invasor de Occidente, y especialmente del «coloso del Norte», han abierto un océano de antagonismo en el cual fluyen y refluyen numerosas corrientes. Es necesario tratar los actos de terrorismo como actos criminales que se responden dentro de los parámetros del derecho y la justicia internacionales, antes que elevarlos a actos de guerra. El impacto geopolítico del 11 de septiembre de 2001 puede tomarse como una coyuntura para repensar una gama más amplia de intersecciones entre el poder, el terrorismo y la memoria. Si reexaminamos la ilegitimidad y la duplicidad histórica del poder invasor, y demandamos medidas para remediar las injusticias pasadas y presentes de esa índole invasora, podemos mantener abiertas en forma más eficaz las sendas cruciales para el diálogo intercultural y la comprensión crítica. En este mundo en que andamos todos, esas sendas se necesitan hoy con más urgencia que nunca.

30. *The Guardian*, 2/11/01, p. 3.